

Alexander Skutch

El nombre de Alexander Skutch era casi mítico para nosotros. En nuestros años de estudiantes de biología, en que las revelaciones y deslumbramientos acerca del mundo tropical se sucedían de manera casi ininterrumpida, y nuestra vocación por estudiarlo y amarlo se cimentaba, buscábamos referentes personales, de científicos que hubieran profundizado en ese conocimiento.

Inevitablemente, en aquellas clases en que aprendimos a amar más la patria –y aquí la idea de patria adquiriría casi la dimensión de la Gran Patria Neotropical–, al estudiar su historia natural, se nos mencionaba siempre el nombre del Dr. Skutch.

Sabíamos que a mediados de los años sesenta había impartido un curso de ornitología en la Universidad de Costa Rica, que unos pocos afortunados habían podido tomar. Nosotros, un decenio después, ansiábamos conocer acerca de la biología y ecología de nuestras aves, lo cual no fue posible hasta 1973, con la llegada del maestro y amigo, Dr. Gary Stiles.

Skutch permanecía a la distancia, en una especie de escondite voluntario, alejado de la vida académica nacional. Quizás ello explique, aunque no justifique, que en un valioso recuento histórico del desarrollo de la biología de campo en Costa Rica, realizado por Luis Diego Gómez y Jay Savage, omitieran su nombre y obra.

Conocíamos tres curiosos artículos, publicados entre 1958 y 1963, titulados *Crítica del humanismo*, *La compasión* y *Los ideales*

básicos del género humano. La verdad es que, como biólogos en formación, no nos extrañaba que un biólogo saltara los cercados de la biología experimental para, desde terrenos más especulativos, hacer planteamientos ricos y sugestivos. Ello, por cuanto el Dr. Antonio Balli, también maestro respetado y amado, nos reveló la necesidad de trascender hacia otros planos para la comprensión de la naturaleza humana, animal y vegetal.

Ahora queríamos entrevistarlo. El contacto lo hicimos por carta, remitida a la imprecisa dirección "Quizarrá. San Isidro de El General". Su respuesta, lacónica y gentil, recibida tres semanas después, nos corroboró que el correo llega a él porque en San Isidro se le conoce y se le quiere. Con un telegrama posterior le confirmamos nuestra cita.

Esta madrugada del 4 de diciembre de 1987 partimos hacia allá. Escalando montaña y más montaña en nuestro automóvil, discurríamos en la mañana fresca por esas alturas bellas e imponentes de la cordillera de Talamanca. Miles de pequenísimas flores fucsia de una planta parecida a un arrayán, nos anticipaban, ya en descenso, el majestuoso Valle de El General. En un punto de tan extenso valle, en su finca *Los cusingos* –pensábamos, mientras el corazón latía de ansiedad y alborozo– estará el Dr. Skutch esperándonos, y por fin conoceremos a ese hombre sabio y humilde.

Sí. A orillas del río Peñas Blancas una vereda discreta, entre un bosquecito acogedor, nos lleva hasta su casa. Es una casona de madera más bien despintada, de amplios corredores y bordeada por un jardín de helechos y muchas otras plantas. Nos recibe doña Pamela, su esposa, sonriente y cordial. Nos pide esperar un poco. Desde una pequeña cabaña adyacente a la casona aparece, lento y jovial, el Dr. Skutch, que ahora se nos convierte en don Alexander o don Alejandro. Transpira bonhomía.

En su sala austera, donde se funden la frugalidad y la pulcritud, iniciamos la conversación, rodeados por pequeños estantes rebosantes de libros limpios y ordenados, así como por paredes con dibujos, fotos y algunos diplomas. No hay electricidad, puesto que conectarla hubiera implicado cortar un poco del bosque. Está dispuesto a conversar cuanto querramos.

Su aspecto austero e indumentaria sencilla nos reafirman que es un ser humano que prescinde de lo superfluo para profundizar en las esencias de lo natural, lo humano y lo espiritual. Y por eso ese rostro claro, en el que a los 83 años destacan, entre poquísimas arrugas, sus ojos vivaces, nariz aguileña, cejas hirsutas y pelo cano, pareciera iluminarse para responder a cada inquietud nuestra. Entre sus ademanes lentos, mesurados, se perciben sabiduría, armonía y gozo interior.

Mientras conversamos, el rumor del río nos acompaña al fondo. La lluvia viene por un rato, primero torrencial y después diluida en llovizna. Una guatusa aparece en el jardín, distraída y confiada. Dos monos carablanca pasan por unos árboles. Grupos de aves, entre las que sobresalen mieleros y sargentos, saltan por el jardín y vienen hasta la ventana del comedor, a saborear las frutas que estos dos ancianos les dejan cada día. De alguna manera, don Alejandro ha sido el creador de la armonía de este paraíso.

Y mientras conversamos con verdadero deleite por largas horas, pienso que él es uno de aquellos pocos mansos de espíritu, bienaventurados que merecen los reinos de la tierra y el cosmos, la eternidad.

*L. Hilje
Heredia,
4 de diciembre de 1987*

Alexander Skutch

Don Alexander, estamos empeñados en la grata tarea de entrevistar a algunas personas que tienen mucho que decir con respecto a la naturaleza del país, al problema de los recursos naturales y, como en su caso, que tienen además opiniones de corte filosófico. Nos interesa conocer acerca de su llegada a Costa Rica. ¿Por qué eligió vivir en este país y aquí, en Quizarrá de Pérez Zeledón?

En mis primeros años en Centroamérica trabajé en otros países. Primero en Panamá, entre Llano Grande y la frontera con Costa Rica, muy cerca de este país. De vez en cuando pasábamos un puente para llegar a la frontera, pero no conocía Costa Rica en aquel tiempo. Luego pasé medio año en Honduras y más de dos años en Guatemala; pensaba quedarme allá, pero no atendieron mi solicitud de residencia, y entonces me enojé un poco. Supe de un buque que iba por la costa del Atlántico desde Guatemala hasta Panamá; en uno de esos barcos vine a Costa Rica. Eso fue en agosto de 1935 y esto me gustó aquí. Desde aquel entonces he pasado la mayor parte de mi tiempo en Costa Rica, especialmente en este Valle de El General. En ese tiempo Costa Rica tenía mucha fama por la riqueza de su naturaleza y esa fue una de las cosas que más me atrajo. También tenía fama por la amistad de la gente. Parecía que la gente de Costa Rica era más amistosa que en otros países, especialmente con los extranjeros; pero yo también encontraba gente bastante amable en Guatemala, si uno sabía cómo tratar con ellos. Esa fue la época de la gran crisis económica. Todo era muy difícil en cuanto a los ingresos personales. Mi gran propósito era estudiar

las aves, pero eso no rendía ningún ingreso. Entonces, para ganar la vida, coleccionaba plantas. Tenía contratos para vender muestras botánicas a varios museos de los Estados Unidos y Europa, y pasé casi la mayor parte de mi tiempo coleccionando. Sin embargo, cuando recogía más nidos de pájaros dejaba de coleccionar plantas y estudiaba las aves. Yo no deseaba atrapar los pájaros. Con excepción de uno que otro gavián que estaba persiguiendo gallinas, no he matado ni un solo pájaro.

Pero usted originalmente es botánico, ¿verdad?

Sí, en la Universidad conseguí mi doctorado en botánica, pero mientras estuve en Panamá me interesaba tanto en los pájaros, y la gente conocía tan poco de la vida de ellos, que me entraron muchos deseos de estudiar las aves, y así he pasado la mayor parte de mi vida.

¿Usted estaba muy joven cuando vino a Costa Rica?

Cuando vine a Costa Rica tenía 31 años; cuando me fui a Guatemala tenía apenas 24. Conseguí mi doctorado cuando tenía 24 años. En ese tiempo era más fácil.

En cuanto a sus ingresos, usted dependía de lo que vendía, de la recolección de muestras. ¿Era eso suficiente?

Muy humildemente, sí. Me gustaba coleccionar todo el tiempo. Hubiera ganado más si hubiera seguido coleccionando plantas todo el año, pero deseaba mucho estudiar los pájaros.

Don Alexander, ¿cómo fue que eligió usted el Valle de El General?

Después que conseguí mis contratos para vender muestras botánicas, busqué una parte de Costa Rica que no fuera bien

conocida, donde la gente no hubiera trabajado mucho, y supe que así era este valle del Pacífico Sur de Costa Rica. Yo pensaba que era mejor Buenos Aires, porque en ese tiempo esa era la población más conocida aquí en el sur, e iba a comprar un tiquete de avión (había servicio de avión a estos pueblecitos del sur en ese tiempo). Fui a la oficina de la compañía de aviación a comprar mi tiquete para Buenos Aires y como había varias personas aguardando, empezamos a hablar y alguien me dijo: "A mí me parece que para usted San Isidro sería mejor que Buenos Aires". Yo no sabía nada de San Isidro, pero le dije: "Bueno, voy a ver allí cómo es".

Vine aquí en avión. Antes de aterrizar estuvimos dando vueltas arriba por media hora. Eso me daba una idea de cómo era y vi entonces que todavía tenía mucha montaña. El aeropuerto en ese tiempo estaba en la pura orilla de San Isidro, que era una aldea muy pequeña. Luego de pasar un día aquí vi que esto sería muy bueno para mis propósitos y me dispuse a quedarme. Por dicha me hice amigo del jefe político de aquel entonces, quien me ayudó mucho. Él vivía en Rivas, como a ocho o diez kilómetros al norte de San Isidro, y tenía a la par de su casa un rancho medio deshecho, pero el marco estaba fuerte y me dijo: "Si quiere acondicionar este rancho, que no le costaría mucho, puede ocuparlo mientras estudia", y así fue. Había un aserradero más arriba en el Valle, compré una carretada de tablas, que en ese tiempo me costaba cinco o diez céntimos. Arreglé el rancho y me quedé allí año y medio. Hice estudios muy interesantes de las aves. Tenía a todos los muchachitos de la vecindad buscando nidos; cuando ellos encontraban uno no tenían que tocarlo sino llamarme, yo iba a verlo y según la rareza del nido pagaba a los muchachos. Un nido de mucho valor, que yo no había visto antes, valía lo más cinco colones, que en aquel tiempo era una gran riqueza. Los peones ganaban solo un colón por seis horas de trabajo en la mañana, y con ese colón compraban mucho, no nada como hoy día. Los nidos más

valiosos valían no más de cinco colones y los muy corrientes valían tal vez un diez, pero con un diez los muchachos venían contentos porque en ese tiempo con un diez se compraba una libra de arroz.

Me quedé año y medio en Rivas, que estaba rodeado de bastante selva. Allí había grandes extensiones de bosque, donde se encontraban nidos muy raros. Después de año y medio yo deseaba estudiar quetzales. Como ustedes saben, el quetzal es un ave de altura; es raro encontrarlo a menos de 1500 metros. Preparé una casita bastante regular, en la colina hacia Sarapiquí, en el lugar que se llama ahora Montaña Azul. Allí me quedé algo más de un año estudiando el quetzal. Encontré como seis nidos de esa ave; ese fue el primer estudio del quetzal. Había ideas muy curiosas sobre esa ave. Por ejemplo, en Guatemala toda la gente me decía que el quetzal siempre anidaba en un hueco del palo con dos entradas, a los dos lados del palo, para que el macho, que también hace muchos trabajos en el nido, pueda entrar de lado a calentar los pichones, sin golpear los huevos. Después sale por el otro lado sin dar vuelta y sin dañar su gallardete tan largo. Y es todo lo contrario. Muy raras veces se encuentra un nido con dos entradas. Casi siempre anida en un hueco muy parecido a los nidos de los carpinteros, o tal vez llega al mismo hueco de ellos. El macho incuba la mitad del día, y la hembra durante la noche. Entra y se queda allí sentado varias horas. Tan solo las puntas de su gallardete salen del hueco. Cuando tiene que darse vuelta se daña mucho la cola, que es relativamente corta; son las sobrecubiertas de la cola las que son tan largas y bonitas, y estas se dañan mucho mientras realiza sus faenas en el nido. Después de cuidar sus pichones muda sus plumas y tiene unas nuevas que luce otra vez.

Allí estuve año y medio, estudiaba el quetzal y unos trepadores, el jacarallón o cocora, que es un barbudo, y muchos otros. No tiene carúnculas, pero tiene pelos alrededor de su

boca. Después de eso me fui a ver a mi familia, que vivía en Baltimore, en los Estados Unidos. Me fui en octubre y en enero del año siguiente regresé aquí a El General y trabajé por seis meses en lo que llaman El Hoyón, al sur de San Isidro, en la bajura del río Pacuare. Estuve allí seis meses. Después me fui para Ecuador y me quedé allá como cuatro meses. Antes de salir para Ecuador me contactaron para servir como encargado de la sección botánica del viejo Museo Nacional. Eso fue en el año 40, en enero. Empecé a trabajar en el Museo Nacional, pero me costaba quedarme dentro de las cuatro paredes del Museo. Entonces pedí permiso al Director, que en ese tiempo era Juvenal Valerio, para salir al campo por algunos meses. Otra vez vine aquí y encontré una cabaña muy humilde cerca de Santa Rosa. Allí estuve desde febrero hasta junio. Entonces hice una colección botánica para el Museo y más estudios con las aves. Solo colecté plantas, pero encontré nidos muy interesantes.

Parece que no estaba destinado a trabajar en el Museo, porque en junio, cuando regresé a la ciudad para poner en orden algunas cosas, recibí un radiograma de Washington, del Departamento de Agricultura; querían que fuera a América del Sur. En ese tiempo la guerra estallaba en Europa y los Estados Unidos tenían miedo de que los japoneses se apoderaran de todas las fuentes de hule natural. Estados Unidos deseaba encontrar esas fuentes en las Américas. Yo envié tal vez media docena de comisiones a varios países para estudiar la cuestión del hule natural: dónde se podía conseguir y dónde había tierras adecuadas para plantaciones. Me escogieron para ir al noroeste de América del Sur, al Perú, Ecuador y Colombia y me ofrecieron ganar más en dólares de lo que yo estaba ganando en colones, y entonces no pude dejar esa oportunidad de conocer América del Sur.

Yo conocía apenas un poco de Ecuador. Me fui a Panamá, esperé a mis compañeros como doce o quince días, me reuní con ellos cuando llegaron en uno de los buques y me fui a Perú; pasamos

los Andes varias veces y, por fin, entramos en un cañonero que la Armada Interior de Perú tenía en el río Amazonas. Era un cañonero que se llamaba *Las Amazonas*. Viajamos en él durante unas seis o siete semanas sobre el Marañón, pasaje superior del río Amazonas y sus grandes tributarios, por ejemplo el Huallaga, el Ucayali, el Napo, y así conocimos mucho de esa parte del Perú. Después de eso fuimos al norte peruano, luego a Ecuador y por último a Colombia; esa comisión duró apenas seis meses. Después de eso regresé aquí. Tenía un poco de cafetal y buscaba un terreno para comprar. Anduve a caballo por varias partes hasta que encontré esta finca, y el dueño, que se llama don Chico Mora, estaba de acuerdo en vender. Compré esta finca, hicimos esta casa y aquí he radicado ya 46 o 47 años.

¿De qué tamaño es la finca?

La finca original era de cincuenta y tres hectáreas. Las medidas de ese tiempo no eran de mucha confianza. En el Registro dice que esta finca tenía cincuenta y tres hectáreas. Después compré otro terreno más al sur y ahora tengo más o menos cien hectáreas.

¿Era bosque natural o había ya algunas partes cultivadas?

Cuando compré esto tenía la mitad en bosque viejo, y lo hemos conservado sin cortar nada; lo demás en potreros, rastrojos y breñones. Solamente hemos trabajado y sembrado en lo que era breñones y rastrojos. Más bien hemos dejado una gran parte de la finca crecer en bosques secundarios, que ahora son un poco grandes.

En la actualidad, ¿cuánto hay de bosque natural?

Más o menos cincuenta hectáreas de bosque viejo, tal vez una parte de eso no es propiamente bosque viejo. Posiblemente los indios lo había trabajado hace muchos años y tenía todo el aspecto de bosque mediano.

Usted nos ha hecho una descripción de cómo llegó aquí, pero me imagino que además del espíritu científico de su trabajo había rasgos suyos, de su personalidad, que lo hacían buscar la montaña

Yo buscaba una filosofía de la vida que me pareciera adecuada y no encontraba una que me diera satisfacción. Después de mucho pensar, me parece que el punto de vista más alentador que podemos tener de este universo es hacer el esfuerzo, tratar de hacer algo, de hacer reales los valores que encerraba, que estaban escondidos. Durante millones y millones de años esos esfuerzos se han desarrollado para hacer más actuales los valores altos, espirituales, estéticos y morales. Ese es el punto de vista que he desarrollado, aunque no completamente, en mi libro *Life ascending* que la editorial de la Universidad de Texas publicó hace ya dos años. Envié una copia de ese libro a un amigo que tengo en Managua, don Raúl Elvir, que había traducido *La finca de un naturalista*; le gustó tanto que empezó a traducirlo al español. Actualmente tenemos una traducción en español muy bien hecha, que ayer envié a la Editorial Costa Rica para ver si ellos me la publicarían en español.

Esas inquietudes filosóficas tuyas, ¿ya las tenía cuando vino a Costa Rica, o las desarrolló aquí?

Tal vez tenía apenas las semillas, pero se desarrollaron aquí en Costa Rica, especialmente en esta finca, pues contaba con más tiempo de pensar en esas cosas, con los largos inviernos que tenemos. Yo tengo exposiciones más completas de mi filosofía, pero no he podido encontrar una editorial que las publique. Ahora todo el interés está en las ciencias y no en la filosofía. Esta no es muy técnica, ni muy especializada; es muy difícil publicarla en libros.

En usted coinciden el biólogo con el filósofo, y podríamos decir que usted llegó a la filosofía a través de la biología. ¿Ha sido por su contacto con la naturaleza que usted ha llegado a ese pensamiento más universal, filosófico, o en usted ya existía una vertiente, una forma de pensar filosófica?

Me interesaba la filosofía cuando era muy joven. Cuando entré al colegio ya había leído a Bergson, Spinoza y Spencer, especialmente los *First principles* de Herbert Spencer. De todos los filósofos es tal vez el que más ha influido en mi vida. Mi filosofía es en algunos aspectos muy parecida a la de Spencer, pero yo he pensado más en valores. Cuando me interesé en la biología, especialmente en la botánica y luego la ornitología, por muchos años casi no podía leer más que ciencias; después de radicarme aquí ya tenía más tiempo, así que volvió mi pensamiento a la filosofía. Cada uno de nosotros, si pensamos, necesitamos una orientación. Nos preguntamos por qué estamos aquí, qué es lo más valioso que podemos hacer con nuestras vidas y todo eso. En algunos aspectos considero que hay muy buenas ideas en las religiones. Pero parece que en las religiones que se llaman mundiales hay demasiados supuestos que hoy no se pueden probar. Esas religiones no ofrecen suficiente evidencia para poder yo aceptarlas. De todas las que he estudiado, el animismo es una de las que más me han gustado, especialmente por su apego a la filosofía de no dañar nada si se puede evitar. Por supuesto, eso es esencial en el hinduismo y en el budismo también, pero otros aspectos de esas religiones no me gustan tanto. Me gusta el budismo porque es una religión apacible, que no quiere dañar nada, que no quiere perseguir a personas que no crean como ellos, pero me parece demasiado negativa, pues procura escapar de los dolores de la vida más que gozar de lo bonito y bello que hay en ella, y esto último me parece muy necesario.

Hemos tenido oportunidad de leer unos artículos suyos en la Revista de Filosofía, traducidos por doña Hilda Chen Apuy. Hay un trabajo suyo sobre los ideales del género humano. Lo que usted acaba de mencionar yo lo relaciono con el cuarto ideal que usted establece allí, que es la inofensividad, o sea, no hacer daño a ninguna criatura viviente. Usted dice que ahora resulta muy difícil publicar y que tiene más escritos filosóficos. ¿Ha profundizado usted en esos escritos en la concepción de la naturaleza, desde un punto de vista filosófico? ¿Podría usted definir su concepción de la naturaleza en sus rasgos esenciales?

La naturaleza tiene muchas cosas que son horribles, como por ejemplo la depredación y el parasitismo, que ocasionan tanto sufrimiento a los hombres, animales y tal vez hasta las plantas, pero también tiene muchos aspectos muy lindos. He tratado de difundir en mis últimos escritos la belleza de la naturaleza, sin negar mucho sus aspectos feos. Por ejemplo, uno de mis últimos libros se llama *Purpose at birdiness* (Ayudantes de los nidos de las aves), que me parece un aspecto muy hermoso de la vida de las aves. En muchas especies, especialmente en los trópicos, los jóvenes, en lugar de salir del territorio de los padres cuando pueden cuidar de sí mismos, se quedan con ellos, tal vez uno, dos o tres años, ayudándoles a cuidar sus hermanitos de camadas posteriores. Es un sistema muy bonito, y me parece que no es conocido por la gente. Hay mucho más escrito hoy sobre el egoísmo, el parasitismo, pero ese es otro aspecto. Acabo de terminar otro libro sobre los orígenes de la belleza en la naturaleza, que trata de algo que ha contribuido mucho a la hermosura de los pájaros: la selección sexual en casi todas las aves. Los machos no se ponen sobre las hembras, pues no pueden. Los machos hacen lo que pueden para atraer a las hembras y ellas escogen libremente a sus compañeros. Eso tiene el

efecto más sorprendente en las especies que no hacen pareja, como los colibríes o los soterrés. Ellos no forman parejas; los machos no hacen nada para cuidar a las familias. Se reúnen en lo que se llaman asambleas para cortejar o asambleas para cantar, especialmente los colibríes. Dos o tres docenas de machos se reúnen en cierta parte y cada uno hace las maniobras que ya saben para atraer a las hembras, y ellas escogen. Me parece que eligen a los que cantan mejor, a los que hacen sus actos con mayor destreza o son más bonitos. A eso debemos mucho de la belleza de las aves; por ejemplo, ese es el sistema de la mayoría de las aves del paraíso, en Australia y Nueva Guinea. Las hembras son atraídas por el que tiene el plumaje más atrayente, brillante y bello. Los colibríes son muy hermosos, son como alhajas en el mundo de las aves y deben eso sobre todo a su modo de atraer a las hembras. También entre los soterrés hay unos muy bellos y deben esa belleza a la manera de cortejar a las hembras. Esos aspectos más bonitos de la naturaleza son los que más debemos considerar; por supuesto, sin perder de vista las cosas desagradables de la naturaleza, porque para sobrevivir necesitamos tomarlas también en cuenta.

Pero, en cuanto a la selección sexual, existe el riesgo de que las hembras elijan machos que hacen los mejores despliegues y son los más bellos, pero que no sean los mejores, comparados con otros, en características adaptativas. Hay un incremento en belleza en el mundo natural, pero puede suceder que este incremento en belleza no necesariamente corresponda con el vigor o la adaptabilidad

Creo que las dos cosas están relacionadas. Casi siempre en esas asambleas son los individuos de mayor edad los que tienen más éxito en atraer a las hembras, porque hay muchos peligros que acechan a todas las aves en la naturaleza. Si un ave vive

dos o tres años, demuestra que tiene destreza para sobrevivir y demuestra su adaptabilidad. Los que tienen más vigor hacen los despliegues más brillantes y también visten el plumaje más bonito. Cuando son jóvenes tienen su territorio, por supuesto pequeño. En esas concentraciones de aves, cada individuo tiene su territorio. Los jóvenes están en las orillas de las asambleas practicando o admirando los despliegues, y cuando son mayores tienen territorios más al centro, son más bonitos y tienen mejores despliegues. En otros de mis libros muestro mucho de mi filosofía; así he podido transmitir algunos de mis pensamientos. Otros trabajos no he podido publicarlos.

Cuando usted habla de sus publicaciones basadas en una labor más experimental, advierto en usted varios niveles de trabajo. Conozco algo de sus artículos publicados en revistas ornitológicas, con datos empíricos para sustentar sus puntos de vista; luego otros, como por ejemplo La finca de un naturalista, donde percibo que usted es más un naturalista que un biólogo, un científico experimental o un ornitólogo, y luego el plano filosófico. Siento a veces, desde mi perspectiva de biólogo, que en general se enfatiza que uno debe hacer aportes de tipo fáctico, con datos concretos, y que si uno tiene posiciones especulativas, como la filosofía, u observaciones de pura historia natural, no se le da valor científico, y hasta se mira eso con cierto desdén. ¿Qué cree usted?

Me parece que debemos distinguir realmente lo que hemos visto y lo que es un hecho, de lo que es una especulación, pero creo que estas son muy necesarias para orientarnos y nos dan ideas para más experimentos u observaciones. Me da lástima ver que la ornitología hoy día se ha vuelto muy matemática, con modelos. Para publicar en las principales revistas científicas, principalmente ornitológicas, se necesita conocer mucha

matemática y datos, y cuesta mucho leer la mayor parte de las contribuciones. Apenas se pueden leer dos oraciones sin que los autores interrumpan con modelos matemáticos.

Sí, uno siente que tratan de meter la naturaleza dentro de un modelo y creo que debe ser al contrario: si un modelo sirve es porque trata de explicar la naturaleza y no forzarla a que se le asimile.

Me parece necesaria la matemática, pero no tanto como se usa en los artículos actualmente.

Dentro de sus ideas de orden filosófico usted mencionó el origen de la belleza natural como uno de los temas que ha desarrollado más a fondo. Me gustaría saber qué lugar ocupa el hombre y la sociedad dentro de esas ideas filosóficas tuyas en relación con la naturaleza. ¿El ser humano es parte de la naturaleza o hay alguna contradicción?

Mi filosofía es completamente humanística. Yo pensaba que la materia y el espíritu son completamente diferentes y que el hombre es una mezcla de materia y espíritu, pero me parece que lo más probable es lo que llaman el aspecto dual de la naturaleza: que cada ser (desde las moléculas hasta nosotros) es una unión de esos dos aspectos. Cada ser tiene en sí su polo material y su polo psíquico. Nosotros podemos ver solo el polo material, aunque tengamos espíritu. Cómo podemos explicar el aspecto psíquico en nosotros, y cómo podemos sentir si estamos hechos de átomos y los materiales de que estamos hechos no tienen nada de psíquico. En nosotros el aspecto psíquico tiene un gran desarrollo, que no se encuentra en otros seres. Para mí el ser humano es una parte muy importante de la naturaleza. Solo nosotros estamos esforzándonos mucho para entender la

naturaleza y el universo, sus fines, sus propósitos. Me parece que el ser humano es una parte importante de la naturaleza, pero al mismo tiempo es la parte más peligrosa. Tenemos ambas partes unidas. Tenemos que evitar ser ese peligro tan grande para la naturaleza y desarrollar el aspecto espiritual más ampliamente, pues es muy importante para completar la naturaleza.

Se plantea un problema muy importante, y es que la filosofía nos tiene que servir de orientadora en la vida cotidiana. El ser humano es un peligro para la naturaleza y, al mismo tiempo, le da sentido, porque es él quien puede apreciar su belleza. Pero hemos destruido mucho la naturaleza. Si quisiéramos conservarla, ¿cuál sería la manera en que podríamos convivir armónicamente con ella sin poner en peligro nuestra propia existencia como seres humanos? ¿Cómo organizarnos para conseguir esto?

Lo más importante es controlar la población. Si no lo hacemos no hay esperanza para el mundo. Costa Rica es diferente de otros países, por ejemplo de El Salvador, tal vez por el carácter de la gente, pero también porque la población, en relación con el territorio, es mucho menor. Cuando no hay tierras vacantes, la gente invade terrenos en todas partes. Debe controlarse la población, ante todo, y mejorar luego la calidad de la población. En ese sentido andamos muy mal. La gente que más piensa y que es más capaz de producir y estudiar, limita el número de sus hijos, mientras los menos pensantes tienen todos los hijos que pueden tener. Eso es lo que llaman un proceso disgénico, o sea que la calidad de la población mundial está bajando; hay gente que no puede cuidarse a sí misma, y mucho menos cuidar de otros.

¿Pero no cree usted que sea un problema de oportunidades? Por ejemplo, puede ser que una persona tenga capacidades y potencial, pero no ha estado en un ambiente favorable para desarrollarlas, no las puede expresar y aunque una familia pobre sea numerosa –según su argumento no deben reproducirse– si tuvieran la oportunidad de desarrollar su potencial, podrían llegar a ser personas tanto o más valiosas que las primeras

Tiene mucha razón. Hay mucha capacidad entre las gentes más pobres que necesitan la oportunidad de educarse, pero hay mucha desigualdad entre la gente. Para dar más oportunidad a quienes tienen capacidad de procrear, hay que limitar el número de hijos.

Hay capacidades para diferentes cosas. Podemos hablar de capacidad intelectual, para desarrollar científicos o para el desarrollo de capacidades artísticas, pero también hay capacidad para el trabajo cotidiano. Hay personas que, siendo muy inteligentes, no son las más aptas para desempeñarse en un trabajo que es muy fuerte para ellos. Por ejemplo, los negros que fueron traídos para trabajar forzadamente como esclavos en las zonas bananeras o los cacaotales, eran más resistentes a las enfermedades que los blancos

Necesitamos buenos labradores también, pero para ser buen finquero se tiene que pensar, tal vez tanto como para ser un médico. Mucha gente no quiere trabajar y su sueldo lo gastan en los cantinas. Esos son los que tienen más hijos. He visto casos así. No veo la manera de controlar eso, a menos que hagamos lo de los chinos. Los chinos son muy prácticos, porque han existido allí con una gran población por miles de años y saben que no pueden seguir aumentando su población. Son realistas.

Han hecho algo práctico y me parece que todos los países deben hacer eso. Debe decirse a la gente que puede tener dos hijos, no más. No me gusta el aborto, pero si es la única manera de controlar la población, debe hacerse, pues si no este mundo va a tener demasiada gente.

Ya que menciona el aborto, existe el problema de la religión, que considera al cigoto como un ser viviente. ¿Usted no lo concibe así? Digo esto por su filosofía de la idea de no privar de vida a ningún ser

Hay que fijar un límite. Por ejemplo, si una mujer no tiene tantos hijos como puede tener, uno por año, más o menos, estamos privando de vida a seres humanos que pueden venir. ¿Qué clase de vida le daremos? Hay que determinar el límite. El control de la natalidad es lo mejor; siempre hay modos mejores de hacerlo, me parece. Si la criatura se desarrolla por un mes o dos, todavía está lejos de ser un hombre o una mujer, y todavía se puede poner un límite. Si ya tiene ocho o nueve meses, tal vez ya es inevitable, y hay que tratarlo como un ser humano. Hay que estudiar dónde vamos a poner el límite.

La justificación para disminuir el tamaño de la población, en su argumento, sería conservar la naturaleza. Ha habido otras posiciones que están a favor de disminuir el tamaño de la población o su ritmo de crecimiento, que se dieron en el pasado con relación a la capacidad de la tierra para producir alimentos. Esos pensadores, entre ellos Malthus, había subestimado la capacidad de la tierra de producir alimentos para tanta gente como existe hoy. Si pensamos en Costa Rica, tenemos alrededor de tres millones de habitantes para un territorio de cincuenta mil kilómetros cuadrados,

¿cómo saber si ya somos demasiados o no? Si llegamos a siete millones en el 2000 seremos demasiados y la naturaleza no nos va a soportar, no va a poder darnos tanto alimento ¿Hay para usted alguna manera de tener certeza de cuál debe ser el tamaño de la población de un país, para un determinado territorio?

Me parece que se puede conseguir mucha más comida sin destruir más bosque en este país. El desastre más grande de Costa Rica es la producción de carne de res para exportación. Eso ha destruido los bosques, y es una lástima. Nosotros somos vegetarianos. Yo lo soy desde que soy un muchacho. Si toda la gente fuera vegetariana, ayudaría mucho a resolver el problema del alimento de la gente. Los chinos por fuerza tienen que serlo, pues por necesidades prácticas viven sin comer mucha carne; no pueden, y su alimento es principalmente vegetal. Cuando llegué a este país, en 1935, había como medio millón de habitantes; cincuenta años después, hay dos millones y medio. No se puede ir doblando el número de habitantes, pues esto da una cifra astronómica. No importa lo que hagamos por mejorar la producción de la tierra, llegará el día en que no se pueda alimentar más gente sin hacer mucho daño al ser humano y a la naturaleza. Cuando llegué a El General, de aquí a Buenos Aires había grandes montañas; uno andaba a caballo durante horas atravesando la montaña más linda. La última vez que fui allí, la mayor parte eran potreros de mala calidad. Ahora con PINDECO están haciendo un uso más adecuado de esos terrenos, porque están produciendo algo que vale más que carne; me refiero a las plantaciones de piña. Eso da mucho más por hectárea de terreno que la carne. Si la gente dejara de producir tanto café y produjeran más de las cosas que necesitan, sería mucho mejor para el país. ¿Qué hacen con las ganancias que quedan del café? Compran un montón de cosas que no necesitan. Por ejemplo, fui a San Isidro la semana pasada y me sorprendí de

la gran cantidad de juguetes de mucho valor, todos importados, la mayor parte de Japón, otros de Estados Unidos y Alemania. Para ellos van todos los dólares que tiene el país; por eso los colones que tenemos hoy no valen nada. El año pasado pusieron electricidad por toda esta zona, ¿y qué hace la gente? Están comprando cosas que no necesitan, cepillos eléctricos y tantas cosas para la cocina que no necesitan, y todo eso hace que valgan menos nuestros colones.

Hay que analizar el problema no como un problema de simple decisión de los costarricenses. Hay un sinnúmero de cosas que no dependen de nosotros, sino que son parte de un juego mucho más grande del cual no podemos salir, y aún cuando tuviésemos voluntad e interés sería muy difícil salir de allí. Si no producimos café, difícilmente podremos exportar otra cosa que no sea café, porque se nos ha dicho que a nosotros se nos compra solo ese producto. Tendríamos que ubicarnos en el contexto general del mundo para ver qué está pasando; aunque haya voluntad y disposición, resulta sumamente difícil romper con eso

Estoy de acuerdo con usted, porque sé que el país no se siente productor. Hay muchas cosas que no podemos producir; sin embargo, hay muchas cosas que son lujos, que son extravagantes, se podría decir, y que nadie necesita. Al comprar esas cosas todas las divisas que se ganan con el café, se van al exterior, por lo que el país está en una situación económica terrible. Cada vez el dólar vale más y es el estándar monetario en esta parte del mundo. He oído mucho hablar de practicar la austeridad en este país. Lo que menos pueden hacer los costarricenses es practicar la austeridad. Mi esposa es inglesa; ella supo lo que es la austeridad durante la Guerra Mundial. Ahí sí practicaron la austeridad.

Comparto totalmente la idea de que se compran muchas cosas innecesarias; sin embargo, viéndolo desde otro punto de vista, nosotros exportamos café, hacemos rendir los recursos que ingresan y los distribuimos de una forma más razonable. Pero el café tiene enormes problemas, porque se usan muchos fertilizantes y plaguicidas. ¿Cómo entender una convivencia armónica entre naturaleza y desarrollo de la sociedad o mejoramiento del nivel de vida de la sociedad sin tener que recurrir a esto y sabiendo que es sumamente difícil cambiar este estilo de relación?

He tenido experiencia con eso. Por ejemplo, la relación entre café y vida silvestre. Cuando yo llegué aquí había muchos cafetales; en cada finca había un cafetal de cualquier tamaño, con sombra natural; casi no usaban plaguicidas. Esos cafetales eran muy buenos para los pájaros. Algunos de mis estudios más interesantes los hice en esos cafetales, porque en los árboles más altos, especialmente de guaba y en arbustos de café más altos, no esos bajitos que se usan ahora, anidaban los pájaros. El cafetal era un lugar precioso para estudiar los pájaros; ahora no, casi no tienen sombra, tienen arbustos bajos y muchos plaguicidas. También los cañaverales. Cuando yo llegué aquí cada finca tenía su manzana sembrada de caña que era cortada de una manera selectiva. Cada semana el dueño iba a su cañaveral, sacaba las cañas más sazonas y las llevaba al trapiche para hacer dulce. Esos cañaverales eran muy buenos para la vida silvestre, especialmente para el yere. En esos lugares anidaban muchos yeres, pero ahora hay cañales grandes donde se aplican muchos plaguicidas y herbicidas. Cuando llega la zafra los cortan a ras de tierra, no dejan ni un solo tallo; entonces en esos cañaverales ya no hay vida silvestre, como la había antes en los cañaverales más pequeños. Tal vez necesitamos monocultivos para abastecer esas grandes poblaciones urbanas pero en el estilo

viejo de producir cultivos —una manzana de caña aquí, otra de café allí, una más de maíz por allá—; no había mucho problema de plagas, pero estas aumentan de una manera loca en los monocultivos, en las grandes extensiones de una plantación. Nosotros cada año sembramos una milpa al estilo viejo, como lo hacían los indios, y también los primeros agricultores en este valle. Nunca ponemos ni una libra de veneno en las milpas y siempre cosechamos, porque están aisladas de otra milpas por montañas. La pérdida más grande que tenemos es por los ladrones, segundo por los vientos fuertes; después de eso, si no llegan los monos, tenemos pérdidas pequeñas que no pasan de un diez por ciento. No tenemos gastos, solo limpiar, sembrar y cosechar.

Yo trabajo con plagas, me especializo en plagas forestales. Como biólogo y amante de la naturaleza, tengo la idea de que uno debe preservar la vida silvestre en todo lo que pueda. Sin embargo, algunas veces se llega a situaciones difíciles. He estado en plantaciones de pochote, en Guanacaste, atacadas por ardillas. Las ardillas roen la corteza. Son árboles de seis o siete años y al comerles la corteza se quiebran. Para mí es un dilema, porque el productor me pregunta qué hacer. Él está interesado en salvar la cosecha de madera, pero las ardillas, que son animales silvestres que uno debería proteger, están causando estos problemas. Desde la perspectiva filosófica suya de la inofensividad, de proteger, si estuviera en mi lugar, ¿qué haría?

Yo tengo casi el mismo problema aquí. Antes teníamos muchos pájaros anidando cerca de la casa y había pocas ardillas. Ahora hay tantas ardillas, que destruyen los nidos. He pensado: ¿debo destruir esas ardillas o no? No lo he hecho, pero en algunos casos hay que tomar medidas de control. Yo no culpo

a un agricultor que, para salvar su cosecha, debe matar a los animales que están destruyéndola. Lo que yo no puedo aguantar son los que matan animales por gusto, por deporte; no lo llamo deporte, lo llamo carnicería, nada más.

Entonces su percepción es bastante flexible en ese sentido...

Otro caso más o menos igual: las ratas. No me gusta matar ratas o ratones, pero si uno no los atrapa entran a la casa, destruyen la madera, los libros; me da mucha lástima, pero lo hago.

Los coge y, ¿qué hace con ellos? ¿Los mata?

Sí, con ratonera.

Usted mencionó al gavilán que comía sus gallinas. En alguno de sus escritos usted habla de la armonización. Dice textualmente que el verdadero componente divino es la armonización. En su libro La finca de un naturalista habla, en el último capítulo, de fotosíntesis y depredación; se lamenta de las feas escenas a que lleva la depredación. Ver un animal destazado, malherido, es muy duro, sobre todo cuando se trata de un animal vertebrado, porque uno piensa que tiene una inteligencia más desarrollada que un insecto o un nemátodo. Desde una perspectiva ecológica, uno podría hablar de armonización en términos más generales. Por ejemplo, en un monocultivo, uno está creando plagas y mucho alimento para ellas. Esto crea un desbalance; se justifica entonces que uno use medidas de combate para eliminar el exceso de animales que, en condiciones naturales, no hubieran aparecido. En la naturaleza hay muchas aves con las que usted

trabaja que se alimentan de insectos; están depredando, es un acto de depredación. Es muy cruel porque un individuo muere, pero en términos de la especie o de la población de ese insecto puede ser benéfico; de hecho, uno puede demostrar ecológicamente que la abundancia de insectos podría repercutir sobre la vegetación del bosque y, entonces, es bueno que existan pájaros y mamíferos insectívoros, para mantener las poblaciones equilibradas. Mi pregunta es: ¿cómo concilia o compatibiliza uno esas dos ideas de la depredación a nivel de individuo y la depredación a nivel de población o de especie y cómo lo analiza usted?

Yo he dicho que la depredación es un mal necesario. Alguna gente dice que nosotros no debemos dictar sentencias morales sobre la naturaleza. Creo que tenemos ese sentido moral dentro de nosotros y debemos ajustar nuestra relación con la naturaleza según un criterio moral. Eso no quiere decir que nos atrevemos a cambiar la naturaleza según nuestro sentido, porque no podemos. Es una lástima que la naturaleza se creó con la depredación y que nosotros no podamos cambiarla. Tenemos que aguantarla hasta cierto punto.

Si usted entra a su bosque, ¿puede decir que hay armonía natural?

No, no hay armonía natural. Hay un balance de la naturaleza, que es un balance de desarmonías. Es la violencia guardada dentro de ciertos límites. Debemos hacer grandes esfuerzos para conseguir armonía, pero dentro de la naturaleza no podemos lograr una total armonía. Sí podemos conservar el balance; eso es todo. Por ejemplo, me gusta tener alrededor de la casa pájaros que conviven sin dañarse el uno al otro; tenemos muchas guatusas que vienen a comer maíz y desperdicios de la cocina y no hacen daño, conviven con nosotros y no nos dañan. Para mí

es un gusto vivir así. Para conseguir armonía tenemos a veces que quitar un intruso que destruye la armonía, como un gavilán que viene a comerse los pajaritos y las gallinas; si no hay otra forma de ahuyentarlo, hay que matarlo. Las culebras destruyen muchos nidos de pájaros, y por eso las mato si vienen. Solamente en pequeña escala podemos conseguir armonía. Yo distingo entre principios de conducta e ideales. El principio es un arreglo de vida que estamos propuestos a seguir sin excepción. Por ejemplo, en mí el ser vegetariano es un principio; no hago excepciones. Por supuesto, tomo leche, como queso y huevos, pero matar animales para comer, no; no me quiero comer ningún animal. Eso es un principio. Mi ideal es vivir en armonía con todos los seres, pero es un ideal que no podemos alcanzar por completo. Un ideal es una meta a la que podemos acercarnos poco a poco, tal vez más y más, pero no alcanzarla.

En algunos de sus escritos se percibe que usted habla de una armonía cósmica, a nivel del cosmos, del universo. ¿Es eso cierto?

No exactamente. Yo hablo de armonización. Significa establecer patrones más amplios con cosas sencillas. Por ejemplo, la creación de un átomo es un ejemplo de armonización, porque varios átomos que están sueltos se unen en un patrón estable y un cristal lleva ese movimiento a más alto grado, porque en el cristal muchas moléculas de átomos se unen de una manera armoniosa, que es estable y muy linda. Otro ejemplo de la armonización es el crecimiento de una planta verde. Todo es muy sencillo: agua, aire, carbón del aire y sales de la tierra, eso crea un nuevo organismo que es muy complejo. Eso es armonización. Otro gran ejemplo de la armonización es la fijación del sistema solar. Tal vez hace millones de años, el sol y todos los planetas estaban difundidos en una nube de gases y polvo, y por la emanación se juntaron todos esos gases y polvo en un sol y unos planetas que dan vueltas en sus órbitas alrededor del sol de una manera muy armoniosa. Después de millones de

años siguen actualmente en su órbita sin molestar a otros; eso es armonización. Pero una armonía completa en el universo todavía no podemos alcanzarla; no podemos alcanzar una armonía completa en la naturaleza, con tantos organismos que hacen competencia con otros, se destruyen, se comen. No es posible una armonía completa. Si estuviera al alcance del hombre armonizar toda la naturaleza, ese sería nuestro deber, pero de ninguna manera podemos hacerlo; nos cuesta demasiado armonizar la humanidad peleando en tantas formas diferentes.

Y esa idea de armonización, ¿usted la ve también con respecto al ser humano? Antes hablamos sobre cómo armonizar la relación entre el hombre y la naturaleza y usted mencionó controlar la población, mejorar la calidad de la población; también dijo que tal vez no debiéramos producir tanta carne, etcétera. En Costa Rica se ha dado en los últimos doce años, aproximadamente, una política del gobierno que tiene un sentido conservacionista: la creación de los parques nacionales y reservas biológicas. ¿Qué piensa usted de esa acción de crear los parques?

Muy buena, porque dentro de pocos años no habrá nada de naturaleza. Desde aquí podemos ver el Parque Chirripó cuando no está nublado.

Con respecto a las funciones de los parques nacionales en la educación, ¿cómo se puede entender una educación en función de esta ética en favor de la naturaleza? ¿Cómo hacer para que la educación cambie o dinamice lo que ha sido hasta el momento?

Pienso que mucho depende del maestro, de la actitud amistosa o amorosa que sienta por la naturaleza, pues ella se pasa a sus alumnos. Enseñarles a los alumnos a no molestar, solo a ver.

Sintetizando, ¿qué función deben cumplir los parques?

Conservar, educar y brindar campo para el estudio. Una gran ventaja de estos parques aquí, en Costa Rica, es que no hay tanto peligro de animales grandes como en la India, donde tienen algunos parques nacionales en que está prohibido salir de los caminos. No hace mucho tiempo un inglés que guiaba un grupo de personas interesadas en ver pájaros vio un pájaro en el monte y se salió del camino, y se encontró un tigre que lo mató. Aquí el peligro más grande son los saínos. En Corcovado eso sí es algo peligroso. Pero, fuera de eso, no hay tantos peligros como en otros países.

Ya que habla del peligro que hay en la naturaleza, en este caso concreto, con su experiencia de tantos años de andar en su bosque y tratar con animales, ¿hay una agresividad natural en los animales? O sea que un animal depredador, ¿tiende a atacar al hombre, o hasta dónde el animal trata de retirarse, de huir?

Cuando llegué aquí no había felinos grandes y no he encontrado ningún animal muy agresivo en esta montaña, pero he tenido algunos encuentros peligrosos con serpientes venenosas, especialmente la terciopelo. Tenemos demasiadas de esas en la finca. No hace mucho había una aquí en la casa; por eso no quiero una casa con un nuevo estilo. Aquí en esta zona todas las casas se hacen con el nuevo estilo (sin elevación) y es demasiado peligroso que las serpientes entren. Por eso me gusta mi casa.

Yo le hacía esa pregunta porque tengo la idea de que aún un animal venenoso, como una terciopelo, si uno la maja lo muerde, pero ella no lo busca a uno. Mi idea es que un hombre caminando en el bosque realmente es un elemento extraño, y me parece

que todos los animales del bosque tienen sus sentidos acoplados de manera que ellos ya saben cuáles son los sonidos, los ruidos y los olores de los animales que pueden detectar. Entonces, cuando un hombre entra al bosque, es un ser extraño y cualquier animal siente temor de lo desconocido. ¿Cree que eso sea cierto o no? ¿Cuál ha sido su experiencia?

Las terciopelos y otras culebras parecidas están allí sobre la tierra, y si uno pasa lo pican. Yo escuché que una bocaracá (o matabuey) siguió a un hombre en la selva, él tomó su revólver y la mató; pero yo creo que la terciopelo no lo persigue a uno. El peligro es que están debajo de la hojarasca, uno pasa y lo muerden. Hay una cosa curiosa, que yo he visto dos veces. Las culebras venenosas son más activas de noche, cuando están buscando comida. Pasan medio día durmiendo; uno camina cerca y no lo pican. Dos veces, pasando por la montaña detrás de otro hombre, lo vi a él pasar encima de la serpiente sin sufrir ningún percance; yo me escondí detrás de él.

Preguntaba también en relación con lo que podríamos llamar la psicología de los animales. Leyendo su libro La finca de un naturalista me llamó la atención una anécdota suya con un fornicárido que usted bautizó como "Jimmy", que lo seguía siempre pensando que usted era equivalente a las hormigas guerreras. ¿Qué cree usted que piensan los animales cuando lo ven a uno en la montaña?

La mayor parte de ellos han sufrido daños de la gente y huyen, tienen miedo, pero a veces son más amistosos. Así fue Jimmy; después de ese otros también me seguían. Como usted sabe, a las islas por miles de años no llegó la gente y los animales son muy mansos allí, no huyen de uno.

Yo copié textualmente lo que usted dice de Jimmy en su libro: "Ningún otro pájaro libre llegó a intimar tanto conmigo, su confianza en mi inocencia alegraba mi corazón". A mí me parece que debe haber algún tipo de magnetismo. De alguna forma el animal debe percibir la bondad con que uno llega al bosque. Esa inocencia yo la interpreto como bondad; el animal no tiene por qué preocuparse y, sin tener que hablar, hay una comunicación de sentimientos. ¿No cree que hay algo de eso?

Algunas veces he pensado en eso, pero no tengo pruebas. Tal vez hay una comunicación psíquica entre nosotros y la naturaleza, pero es un poco difícil de corroborar.

¿Hasta dónde la razón es la única medida de la certeza? Uno como científico puede hacer mediciones, observaciones, escuchar cosas y hacer registros. Se actúa en forma empírica y mediante del empirismo uno trata de obtener datos de la naturaleza. ¿Pero hasta dónde puede explicar o relacionar el mundo natural?

He pensado mucho en las cosas maravillosas que hacen los pájaros. Por ejemplo, uno puede soltarlos en una finca en Canadá y llegan a cierta finca en Venezuela o Colombia, donde estaban el año anterior. Un aviador necesita toda una serie de aparatos y mucho estudio; el pájaro hace eso y después vuelve a la misma finca en Canadá de donde salió. Si puede hacer eso, no tenemos idea de lo que haya en la mente de esas criaturas; por eso yo les doy el beneficio de la duda. No puedo probar que tienen sentimientos, pero me parece muy probable que en sus cabezas tengan mucho más que los seres humanos.

Siento a veces que la vida moderna, de alguna forma, lleva al hombre desde niño a desnaturalizarse, en el sentido de la belleza y de la maravilla que es la naturaleza; por ejemplo, deleitarse viendo los colores de un ave, como la que mirábamos aquí afuera, o escuchando caer la lluvia o el río, o contemplando un atardecer, o caminando entre la montaña y disfrutando de la humedad de la montaña. Me parece que eso es lo que capto de su idea de amor a la naturaleza. Es necesario un maestro que realmente sienta, que sea capaz de contagiar al estudiante esas cosas; sin embargo, me parece que muchas veces la enseñanza de la naturaleza se vuelve muy intelectual, muy académica. Un niño puede entender el ciclo del agua y puede entender que la lluvia juega un papel, pero luego, de alguna forma, se va insensibilizando con respecto a lo que la lluvia evoca sensitivamente. ¿Usted coincidiría conmigo en ese sentido? ¿Usted considera que la vida moderna ha llevado a eso, o es una situación general?

Creo que tiene razón en eso, se ha intelectualizado demasiado. En muchos casos se cree que amontonar datos que se pueden disponer en una tabla o un gráfico es más importante que comprender otros aspectos de asociación entre el hombre y la naturaleza.

Para mí hay una diferencia entre entender la naturaleza y amarla, aunque ambas situaciones pueden ser complementarias. Sé que mucha gente puede entender la naturaleza, pero no es lo mismo que amarla; amarla significa una comunicación, una comunión más espontánea

Uno puede escribir datos para una publicación científica y eso no significa nada. Conozco a un hombre que mató cien colibríes

con el fin de lograr ciertos datos y obtener un porcentaje. Es un error destruir la naturaleza de ese modo, pero hay gente que tiene otra actitud ante la naturaleza y procura vivir en armonía con ella. Esa es una posición que cualquier biólogo tiene que defender. ¿Qué es más importante, ver la armonía de la naturaleza con otros seres vivos, lo que yo llamo bondad, o tener datos científicos? Siempre estoy contento con lo que pueda aprender, sin dañar a los animales. No deben maltratarse o matarse animales en experimentos; da mucha pena. Solamente en algunos casos, cuando hay una verdadera necesidad.

Hemos hablado de la educación. ¿Cómo hacer para que haya un mayor contacto entre la naturaleza y la gente, pero un contacto no de degradación de la naturaleza, sino de entendimiento? Sin duda, en buena medida desempeña un papel importante la educación. ¿Podría decirse que en las culturas indígenas se vivía en una relación distinta a la que se vive actualmente con respecto a la naturaleza? Una preocupación es que el problema fuera más cultural que circunstancial; que fuera más de fondo que el tener que destruir para comer. ¿Cuál sería la explicación para que nuestros antepasados, los indígenas, mantuvieran una relación distinta con la naturaleza?

Creo que depende mucho de la cultura. La cultura occidental nunca tuvo buenas relaciones con la naturaleza. Dios hizo al hombre y lo puso por encima de todo lo demás. Esto pone al hombre como algo independiente de la naturaleza. Muchas tribus han tenido sus ídolos, que eran animales sagrados para ellos; comían de otros animales, pero nunca de su ídolo. Ellos estaban más cerca que nosotros de la naturaleza en ese sentido. Mataban los animales para suplir sus necesidades. Pero a pesar de esa actitud, algunas tribus hacían cosas horribles con los animales. Por

ejemplo, hacían un gran fuego en la montaña; mientras el fuego corría, los animales se amontonaban y morían todos. Hay entre algunas tribus actitudes terribles con la naturaleza.

He visto documentales de indígenas en Guatemala que antes de sembrar la tierra hacen un culto para pedir permiso para sembrarla. Ellos tienen muy arraigada la idea de la madre tierra, hay un contacto muy cercano entre ellos y la tierra. Es algo que hemos perdido. La tierra se ve ahora como propiedad o un lugar donde construir una casa, pero se pierde ese sentido maternal de lo que es la tierra y se olvida lo sagrado que resultaba para ellos

Algunos indígenas casi no pueden vivir sin su tierra; es parte integral de sus vidas. Los esquimales, por ejemplo, están muy apegados a su tierra. Para reforzar lo que estaba diciendo, el cristianismo no es autóctono, no es una religión que nació de la tierra; más bien su cuna eran las ciudades grandes del imperio romano. En consecuencia, tenían una idea de la naturaleza que no la relacionaba casi con el ser humano. Esa actitud ha llegado hasta nuestros tiempos; el hombre se siente dueño de la naturaleza, siente que puede hacer lo que quiere con ella. Eso es lo que tenemos que cambiar. Alguien que hizo mucho para cultivar una relación más amistosa con la naturaleza fue Albert Schweitzer, con su ética para la vida.

En relación con eso, al final de su artículo sobre los ideales básicos del género humano, usted dice que algunas formas de organización social propician mejores condiciones para que esos ideales puedan ser buscados de una mejor manera por la gente y que, en ese sentido, usted considera prudente darle oportunidad a distintos sistemas sociales para que se desarrollen. Me gustaría preguntarle qué

***piensa usted de los países que se llaman a sí mismos "socialistas".
¿Cuál es la relación que han logrado alcanzar con su naturaleza?
¿Habrá alguna diferencia fundamental con Occidente?***

El socialismo tiene una idea muy bonita, que es la igualdad, pero tiene un principio muy equivocado. En todo país burocrático se piensa que la mayoría de la gente no puede manejar sus propios asuntos, pero sí que la gente puede manejar los asuntos de otros. Los finqueros no son capaces de manejar sus fincas, pero uno que tiene su oficina en la capital sí puede hacerlo y decirle a todos lo que deben hacer. Eso es equivocado y ese es el error fundamental del socialismo. Por eso, pienso que el sistema capitalista, aunque tiene muchos defectos, es el mejor que hemos tenido en Occidente. También está más de acuerdo con los principios del gobierno de los Estados Unidos. El principio fundamental del gobierno de los Estados Unidos es la división de poderes. Tres poderes iguales: el presidente y su gabinete, el congreso y las cortes. Si uno lleva más de la cuenta, el otro puede corregirlo. El capitalismo está dentro de ese concepto de división de poderes.

¿Cree que no hay diferencia en la relación con la naturaleza entre ambos sistemas?

Creo que depende mucho de la gente, más que de la forma de gobierno. En los Estados Unidos, que es el país más capitalista del mundo, la gente está muy preocupada por la conservación de la naturaleza. Pero también en Rusia se hace algo por esto. Costa Rica, que es medio capitalista y medio socialista, también hace algo por la conservación; por lo tanto, depende más de la gente que del sistema de gobierno.

¿Hay algún país que le haya llamado la atención con relación a logros relevantes hacia una relación de armonía entre el hombre y la naturaleza?

Me parece que la India antigua. De todos los países que he conocido, la India posee la mejor relación entre la naturaleza y el hombre con su concepto de no dañar a nadie. En los Estados Unidos se destruía ese gran continente a como les daba la gana, pero ahora han cambiado mucho su forma de actuar.

Su vida aquí ha estado aislada de la corriente de la civilización, pues usted es una especie de ermitaño. Es una persona con un espíritu reflexivo, muy cercano a la naturaleza. Leyendo su libro, da la impresión de que en determinados momentos de su vida usted ha vivido mucho tiempo solo. ¿En qué medida la soledad ayuda a establecer una comunión con la naturaleza? ¿Es fundamental?

Si uno solo tiene por compañera a la naturaleza, eso lo acerca mucho a ella. Durante nueve años, antes de casarme, estuve solo en esta casa. La mayor parte del tiempo hubo una familia que vivía aquí, como a cien metros; me ayudaban en las cosechas de la finca y, de vez en cuando, venía una muchacha que me ayudaba a lavar y cocinar. Fuera de eso yo estaba solo, y tenía bastante tiempo para comunicarme con la naturaleza y con mis pensamientos. Por dicha mi esposa también ama la naturaleza. Su padre estableció el Jardín Lankester. Ella también se hizo vegetariana; me decía que no le había explicado ese punto antes de casarnos, que se lo dije después, pero se hizo vegetariana de buena gana.

¿Diría usted que en Costa Rica hay un movimiento conservacionista?

Por supuesto que sí. Hace pocos meses hubo una reunión de la cooperativa en La Hermosa y se nos dio pergaminos a dos

campesinos y a mí por conservar los recursos naturales. Uno de ellos vino hace poco y me preguntó si tenía problemas con los cazadores clandestinos. Algunos cazadores no hacen caso y entran aquí sin permiso. En todos los países hay gentes de toda clase.

En relación con el movimiento conservacionista, me parece que el impacto de su trabajo no ha sido asimilado en Costa Rica. Recuerdo que, cuando estudiaba biología, Sergio Salas nos contaba que usted les había dado un curso de ornitología, allá por los años sesenta y pico. Todos tenemos una idea de quién es usted. Pero sus escritos, por ejemplo los libros La finca de un naturalista y Aves de Costa Rica, realmente se conocen muy poco. Tampoco se conoce su participación en el movimiento conservacionista. Usted no ha estado presente en ese movimiento, con sus contribuciones ni sus ideas. ¿Eso se debe a su aislamiento, a falta de interés, o a que no le gusta ir a la capital?

Tal vez, por no salir mucho y no mezclarme con la gente de afuera. Cuando yo llegué aquí, hace más de cincuenta años, San José era una de las ciudades que más me gustaba; tenía tal vez cincuenta o sesenta mil habitantes, pocos carros y aire fresco. Ahora siento horror de ir a San José: tanta contaminación, tanta bulla, tantos delincuentes, que no faltan aquí tampoco.

A nivel de la comunidad local, ¿su presencia aquí ha tenido efecto en lo que se refiere a problemas de conservación o protección a la naturaleza?

Cuando llegué había un poco de resentimiento porque yo trataba de evitar que cruzaran por aquí. Pero ahora están más amistosos en ese sentido. De vez en cuando me han llamado a

dar una conferencia a la escuela, al otro lado del río. El otro día hablaba con el dueño de la librería en San Isidro; hablamos de este libro, *La finca de un naturalista*, que yo llevé a vender. Solo se han vendido como seis ejemplares. Yo pensaba que por tratarse de un libro que habla de San Isidro se vendería mucho, y él me decía que yo era más conocido afuera que aquí.

El movimiento conservacionista en Costa Rica no tiene publicaciones sobre filosofía, como si no tuviera claridad sobre las bases filosóficas de un movimiento como ese. En ese sentido, su posición es privilegiada al ser ornitólogo, botánico y, al mismo tiempo, filósofo. ¿Usted cree que su obra filosófica podría aportar a esas bases filosóficas del movimiento conservacionista?

Yo tengo esa esperanza, pero quién sabe cómo va a resultar. Del libro *Life ascending* apareció una reseña en el *Tico Times*, en inglés, pero el hombre que la escribió no entendía mucho de filosofía, porque me llamó platónico, que no lo soy. Tal vez la idea más característica de Platón consiste en las señales en el cielo o más allá del cielo. En eso no creo; entonces no soy platónico, soy más aristotélico. Pero, ¡quién sabe, cuando esto salga en español, qué resultado va a tener!

Lo que su libro plantea es una preocupación muy válida. Nosotros percibimos que hay alguna corriente activista con respecto a la conservación de la naturaleza, pero sentimos que falta un fondo que le dé contenido o razón a eso, a esas bases filosóficas. ¿Cómo se podría construir este movimiento conservacionista en Costa Rica? Los activistas hacen poco, al transferir experiencias de otros países al nuestro, sin descubrir sus propias

raíces y sus propias concepciones sobre la naturaleza. ¿Cómo podría enfocarse un camino hacia la construcción de una filosofía conservacionista?

Si uno quiere ponerlo en un plano fundamentalmente filosófico, habría que enfocarlo; creo que es válida la idea que expliqué en mi libro, de que el hombre hace un aporte importante a la naturaleza solamente con la apreciación. La conservación y la protección, sin la apreciación, no valen mucho, pero la verdadera apreciación siempre incluye la idea de proteger. Pero creo que hay muy poca gente que tenga mucho interés en la filosofía. ¿No le parece?

Dentro de la responsabilidad de uno como científico y como ciudadano, se podría hablar de una ética con respecto a la naturaleza. Si usted tuviera que particularizar, ¿cuáles serían los fundamentos de una ética hacia la naturaleza?

La ética consiste en protegerla con los valores que existen. Hay dos actitudes ante la conservación, que son muy diferentes. Algunos creen que lo importante es conservar las especies y que el individuo no importa mucho. No importa si mato muchos individuos de una especie que es bastante abundante y no está en peligro de exterminio. Si la especie está debilitada y tiene pocos ejemplares, matar a uno de ellos es un gran crimen. Como yo lo veo, es tan importante la vida de un animal si es el último de su especie, como si es uno entre un millón. Es ese aspecto de la relación con la naturaleza lo que más me preocupa.

Hay un dilema en el movimiento conservacionista que puedo ver en el lema que tenía ASCONA (Asociación Costarricense para la Conservación de la Naturaleza). Su lema era "desarrollo

sin destrucción". Ese lema resultaba necesario porque, plantear la conservación separada del desarrollo genera grandes resistencias en los políticos y en muchos sectores de la sociedad. Pero, ¿es posible un desarrollo sin destrucción?

Sí, lo creo. El desarrollo no necesita ser tan expansivo. Hay suficientes terrenos aquí ya desmontados que se pueden hacer más productivos sin destruir los pocos bosques que quedan. Eso también es desarrollo. Uno siempre piensa: lo más grande es lo mejor. Yo no lo veo así. Como finalidad, tendríamos que llegar a una cultura estática en todo lo económico, y eso tendría que darse de una manera espiritual o intelectual. Pero no podemos llegar allí, porque no tenemos una base económica adecuada para la población que ya está estabilizada. Necesitamos más desarrollo, más expansión para lo que tenemos. Cuidar esto y expandirlo, no hacia los costados sino hacia arriba. Si el desarrollo significa más destrucción de las montañas y más abuso de las tierras, no puede ir de la mano con la conservación.

En relación con este planteamiento, consideramos que en Costa Rica quedan muy pocos bosques. Una buena parte de estos bosques tiene un carácter de conservación; es fundamental que el hombre no intervenga. Pero hay una parte de los bosques de este país, muy pequeña, que tiene capacidad para producir más madera, que es necesaria. El sistema tradicional de aprovechar o explotar estos bosques ha sido increíblemente destructivo. Lo cortamos todo, dejamos solo lo peor y cortamos lo mejor. Sin embargo, es necesario aprovechar los bosques de alguna forma. Aprovechar un bosque se traduce muchas veces en simplificar el

sistema y en modificar los ecosistemas. ¿Esto estaría enmarcado dentro del principio de respeto a la naturaleza?

La gente necesita madera, pero hay mucha escasez de madera por la forma de explotar los bosques en años pasados. Por ejemplo, había mucha madera en todo este valle y tal vez un noventa y cinco por ciento de ella se hizo humo. Por eso hay escasez. Si uno necesita una pulgada de madera le cuesta cien colones.

Si manejáramos el bosque, si dejáramos una parte y cortáramos otra, habría siempre una alteración del ecosistema

En los Estados Unidos hay parques nacionales sin destrucción alguna. Hay bosques nacionales que sí se pueden explotar de manera racional; podría hacerse esto en este país.

Hay también algunas áreas del país con suelos degradados porque antes tenían bosques que los protegían, con pendientes muy pronunciadas, y ahora ya no tienen bosque. El Gobierno, desde el año 1978, estableció una política para procurar que se reforeste. La política se llamó de los "incentivos fiscales". ¿La conoce? ¿Qué piensa de ella?

Es muy buena la política de reforestar y sembrar árboles. Sin embargo, hay árboles que no tienen mucho valor para la fauna silvestre, como el pino. Tal vez ningún animal sabe usar semillas de pino y eucalipto, aunque son buenas para los colibríes. Debe hacerse un esfuerzo por sembrar árboles que tengan buena madera, pero que también sean buenos para la vida silvestre. Para determinarlos se necesitaría estudio. Puedo indicarle algunos que son buenos para los animales, pero no sé si se pueden sembrar en campos abiertos, porque tal vez necesitan

montaña para crecer. Los árboles del clima de la montaña deben crecer entre la montaña; si se siembran en senderos desmontados no sirven. Hay que estudiar todas estas cosas.

Usted ha trabajado mucho con aves y sus sistemas de anidación. Imagino que la estructura del árbol y los microclimas que este tenga deben ser muy importantes en cuanto a la preferencia por determinada forma de los árboles. ¿Cree que si se plantan coníferas, por ejemplo ciprés, en grandes plantaciones, eso sería una gran limitante para que llegaran ciertas especies?

Yo creo que el ciprés ofrece buen sitio para nidos en el caso de muchos pájaros; pero el pino no sirve para nada, solo tal vez para algunos bichitos que pueden comer de él. El pino natural no pasó del sur de Nicaragua.

Los bosques de pino de los trópicos, como en Nicaragua y Honduras, en general ¿son pobres en avifauna?

Sí, al este de Nicaragua, donde hay esas grandes extensiones de pinos, hay pájaros que son norteros y llegan más al sur en otras partes. Me parece que el ciprés no solo es mejor para las aves sino para la madera, pero necesita altura para desarrollarse bien. Yo pasé un año en las alturas de Guatemala y había pinos de dos metros de diámetro y cincuenta metros de altura, bosques magníficos y tenían pájaros especializados en esa vida, pero ya desaparecieron. El ciprés es mucho mejor que el pino; en Guatemala la gente lo quiere mucho porque es muy durable.

Con respecto a la idea de armonización, usted dice que una planta armoniza en la medida en que toma nutrientes y carbono; también hay una armonización en el ser humano y en su desarrollo

como persona. Imagino que uno tiene un potencial cuando nace; siento que el temor a morir es el temor a no haber armonizado, a no haber llegado a completarse como ser humano. ¿Qué cree usted de esto?

¿Usted cree que debemos seguir armonizándonos y desarrollándonos por más de los noventa años que tenemos sobre la tierra? Creo que eso sería la reversión del desarrollo de la vida si fuera posible, pero no creo que así suceda. Creo que la inmortalidad es muy deseable para cualquier mente que quiera desarrollarse, pero no hay pruebas de que sea posible.

En el sentido en que la muerte se presenta, con todos los asuntos religiosos que esto involucra y dentro de su contexto de armonización, cuanto más armonizado esté uno, ¿puede asumir la muerte de manera más natural?

Los estoicos decían que todo lo que está de acuerdo con la naturaleza es bueno, no es malo. Si la muerte está de acuerdo con el sistema de la naturaleza no es malo, sino bueno. Creo que es un mal grande, pero debemos conformarnos porque no podemos cambiarla. Yo digo que la muerte es el más importante de todos los males, pero debemos afrontarla con coraje.

Cuando hablamos del más allá, mucha gente en diferentes religiones tiene la idea de que hay cosas más allá de la muerte. En sus escritos, a pesar de que usted no habla de Dios o de un ser benévolo superior, usted menciona una Entidad o un Ser Supremo superior que no es corpóreo, no es

el Dios tradicional, ya sea el de los mahometanos, budistas o cristianos. ¿Cuál es su idea del más allá?

Creo que no sabemos nada de lo que está más allá de la naturaleza.

¿Qué se atrevería usted a especular?

Yo veo en la naturaleza el esfuerzo de subir a mayores alturas, mayores valores; ese es el aspecto más confortable que yo puedo encontrar en la naturaleza, ese movimiento por elevar la vida y el valor de todo. Cuando concordamos con esto podemos conseguir grandes cosas que coinciden con el movimiento principal del universo. Más allá de esto, no sé. La historia de la idea de Dios me hace pensar que la gente se empeña en ver en Dios un ser más o menos humano, más allá de las nubes. Los dioses tal vez eran gente sobresaliente que sobrevivió y los demás hicieron un dios de ese ser humano. Yo creo que de esas ideas nació Dios en la imaginación de las mentes poco cultivadas, que no pueden distinguir muy bien entre lo que está dentro o fuera de sus mentes. Proyectaron sus ideas al mundo exterior para darse una idea de Dios, pero no estudiaron mucho la cuestión de Dios. Mi conclusión es que no sabemos nada respecto a Dios.

Al comienzo de esta conversación usted nos hablaba de las asambleas cortejales de los machos que atraen a las hembras y lo asombroso de ese sistema, tan elaborado y perfecto. Puede uno extasiarse contemplando la perfección del mundo natural; por ejemplo, una oropéndola, o una hormiga que corta una hoja y la carga. Usted nos decía que el balance de la naturaleza es un conjunto de desarmonías, y que de una forma u otra hay perfección. En nuestro organismo hay mecanismos bioquímicos que

permiten balancear el metabolismo y que este se mantenga estable. ¿Hasta dónde puede explicar esto el azar? ¿Qué otra explicación encontraríamos aparte de Dios y del azar?

Creo que Darwin explicó eso de una manera racional: por la evolución. Para mí la armonización es primaria, prioritaria: el movimiento del contenido del universo para organizarse en patrones más amplios y más integrados. Lo que hace la evolución es que crea otros patrones por medio de las mutaciones, crea otro modo de vida, otra estructura, y esta tiene que probarse en la lucha por la vida. Los que se adaptan bien al ambiente y a las situaciones de la vida siguen evolucionando y los demás son exterminados.

¿Usted cree que la selección natural, tal como fue expuesta por Darwin, basta para explicar todo lo que vemos en la naturaleza?

¿Sin un guía en el cielo?

Podemos pensar en el azar, en el encuentro de átomos y la formación de moléculas, pero en esto hay un largo camino evolutivo que uno como biólogo puede entender. Creo, sin embargo, que muchas cosas no calzan necesariamente en la selección natural u otras opciones. Eso no es suficiente para explicarlo todo; por eso se cree en un ser sobrenatural. Intuyo que hay algo más, más allá del azar y más acá de esa imagen del Dios convencional

En los átomos hay algo de sentimiento. Si captáramos en nuestra mente el sentimiento de un átomo, no podríamos interpretarlo. Son sentimientos que van amontonándose en patrones armoniosos de la conciencia, hasta llegar a nosotros o tal vez más allá. Para mí el curso de la evolución es la armonización.

Las maneras convencionales de pensar, la mutación y selección, son apenas formas de dar otros rumbos a la cuestión de la armonización. Si uno piensa en una mente o un espíritu por encima de la naturaleza que es muy comprensible y bondadoso, si hay un Dios que de veras tiene ese espíritu de amor, ¿cómo permite desarrollar cosas como la perversión y todo lo horrible que hay en la naturaleza? No puedo entender eso. Un Dios que es todopoderoso, moralmente no puede estar encima de la naturaleza que él hizo; nosotros no podemos estar moralmente encima de nuestras acciones. Se presenta esta confusión por algunos aspectos del teísmo. Se puede decir que hay un Dios que es todo amor y bondad, pero no es omnipotente; hizo lo mejor que pudo y no pudo hacer más. El mundo no está como él quisiera que estuviera, pero es lo mejor que podía hacer; eso es más concebible.

Usted menciona en su libro, en el capítulo sobre fotosíntesis, que "la competencia no violenta entre las plantas puede compararse a la que prevalece entre los hombres dentro de una sociedad ordenadamente civilizada para ganar mercados, acceso profesional o posición social, mientras que las luchas entre depredadores y víctimas se asemeja más a las guerras sanguinarias entre tribus salvajes y caníbales". Partimos del hecho de que el desarrollo de la sociedad no se rige por los principios de selección natural. Estos no manejan o definen el destino de la sociedad; hay muchos controles que violentan este principio, aplicado a lo social. Sin embargo, cuando usted establece un paralelismo entre la competencia de las plantas y la de los seres humanos, cuando habla de mercados, el ascenso profesional o la posición social que se da entre los seres humanos, esto podría estar justificando que, por ejemplo, un ascenso profesional es válido porque en el

caso de la relación entre las plantas sea exactamente lo mismo. ¿Es eso cierto?

Me parece que el gran problema de la sociedad es dirigir la evolución de una manera comprensiva. Usted está pensando seguramente en la mucha gente que es muy pobre y que no tiene mucha capacidad de ganarse la vida. Si contáramos con los recursos necesarios, deberíamos permitirles vivir con comodidad, pero sin tener hijos, sin multiplicar los genes defectuosos que tengan. Me parece que ese es el gran problema. Un caso concreto: aquí, al otro lado del río, hay un hombre que es muy pobre. Bueno, le damos una pensión para que no tenga hijos y no multiplique sus debilidades; si pudiéramos conseguir eso, la humanidad se beneficiaría mucho.

En la crítica que usted escribió en 1957 o 1958 sobre el humanismo, no hay una referencia directa a cómo los humanistas han visto a la naturaleza. ¿Qué piensa usted de los humanistas con respecto a la naturaleza? Usted enfatiza que los humanistas pensaban casi solo en el hombre y la naturaleza estaba ausente de sus escritos y de sus preocupaciones espirituales

Me parece que hay muchos matices de humanismo, pero creo que en general los humanistas no piensan lo suficiente en la naturaleza. El humanismo es un punto de vista demasiado cerrado de la gente. Pretendo un concepto de nuestra relación con el universo más amplio que el que da el humanismo. Tal vez las religiones, especialmente las de Oriente, van más allá del humanismo: la armonía debe ser con el cosmos, no solo con la humanidad. El humanismo quiere hacer una casa muy cómoda para la gente y dejar a todos los demás afuera, y eso no me gusta.

Desde el punto de vista histórico, el humanismo sirvió en Europa, en la época del Renacimiento, para quebrar la alianza entre la iglesia y la aristocracia que venía de la Edad Media. En ese contexto, el énfasis del humanismo en el hombre y el olvido de la naturaleza podría explicarse como una necesidad histórica

Tal vez. En aquel entonces el humanismo hizo un buen trabajo, pero las condiciones han cambiado mucho después del Renacimiento. Me parece que en la Edad Media a la mayoría de la gente no le importaba lo que sufrieran aquí en el mundo, porque si se comportaban bien irían al cielo a gozar de todo. Debemos hacer lo mejor que podemos aquí en la tierra, pensar en lo que es bueno y desarrollarnos sin mucha esperanza de lo que hay más allá. En ese sentido, el humanismo era bueno, pero demasiado concentrado en la gente y no lo suficientemente abierto.

Con lo de suficientemente abierto, ¿usted se refiere a la espiritualidad, en el sentido del cosmos? ¿Hay otras cosas que tomar en cuenta?

Sí, cuidar, tener conciencia de lo que está más allá de la humanidad. Debemos apreciar y cuidar todo lo que es bueno dentro de la humanidad, pero hay mucho fuera de ella que demanda nuestro interés y protección. Creo que muchas formas del humanismo quisieran hacer un Dios compuesto de la humanidad; no debemos hacer eso. Julian Huxley decía que fuera de la humanidad no hay ningún linaje, no hay ninguna estirpe de los animales que tenga algún futuro, que pueda desarrollarse más allá de lo que es. Creo que estaba equivocado. Por el momento, la humanidad está deteriorando el desarrollo del reino animal, pero si desapareciera la humanidad, no sabemos qué otra clase de animal podría subir hasta donde estamos nosotros, y tal vez más allá. Si nosotros desaparecemos, otra clase de animales podría desarrollarse más.

